con los vecinos presumptuosa, con los cuñados desabrida, ni aun con los pobres cruel; por lo cual tengo para mí creido que, pues á todos fué grata su condicion, está en via de salvacion. Ya que esto es hecho, va que ella es muerta, ya que no podemos resucitarla, lo que resta á sus devotos y á vuestros amigos es, rogar á nuestro Senor que dé á ella gloria y á vos dé paciencia. Mas quiero, señor, que penseis en vuestra vida, que no en la muerte de la Sra. D.a Aldonza; pues es de creer que si á ella Dios llevó allá, fué para que descansase; y si á vos dejó acá, fué para que os emendásedes; porque al hombre que da Dios larga vida, es con intencion que hava en él alguna emienda. Muchas veces lo he dicho, muchas veces lo he escrito y aun muchas veces lo he predicado, y es, que los clamores que tocan las campanas en las iglesias, no son por los que mueren, sino por los que viven; las cuales nos dan á entender que hemos de morir como aquellos murieron, nos han de enterrar como á aquellos enterraron, y aun nos han de olvidar como á aquellos olvidaron : de manera que con mas razon podrémos decir que tañen á vivos, que no que tañen á muertos. Pues el que tañe las campanas es vivo, el que paga al campanero es vivo, y el que las oye tañer es vivo, y el que las mandó tañer es vivo, ¿qué tiene que ver con ellas el muerto? Los clamores de las campanas nos llaman á que démos cuenta, nos llaman á que oyamos sentencia, y nos traen á la memoria aquella postrera hora en la cual querriamos entónces haber sido no emperadores, sino pastores. Dejado aparte lo que toca á la Sra. Doña Aldonza vuestra mujer, y lo que toca á la emienda de vuestra vida, paréceme, señor, que debeis de tener paciencia y aprovecharos de vuestra cordura en este caso que os ha sucedido y en este desastre que por vos ha venido, teniendo por cierto que si Dios nuestro Señor llevó á vuestra mujer, no es porque ella no os merecia, sino porque vos no mereciades á ella. Las cosas que los hombres hacen podémoslas afear, podémoslas contradecir y aun podémoslas resistir; mas lo que Dios manda, hase de cumplir, y todo lo que él quiere hemos de aprobar; porque es imposible mande cosa injusta aquel que es suma justicia. Ya que sintais la muerte de la señora D.ª Aldonza, decidme, así os ayude Dios, ¿á quién pediréis el daño de su muerte, sino á esa misma muerte? Agora teneis por saber que la muerte es un tan crudo tirano, que ni de lágrimas tiene clemencia ni de sospiros hace caso; burla de los sollozos y mofa de los apasionados; á los reyes derrueca y á los reinos asuela; mata los herederos y sublima á los abatidos; no perdona á los viejos ni aun há piedad de los mozos; y lo que mas de espantar es, que con todos tiene cuenta, sin nadie le osar pedir cuenta. Preguntado el filósofo Secundo qué cosa era muerte, respondió : La muerte es un sueño eterno, un espanto de ricos, un apartamiento de amigos, un deseo de pobres, un caso inevitable, una peregrinacion incierta, un ladron del hombre, un fin de los que viven, y un principio de los que mueren Es la muerte tan libre, y es en todo el mundo tan libertada, que se entra á do quiere sin llamar, condena cualquiera sin le oir, lleva lo que quiere sin lo pedir, mata á quien quiere sin le avisar, hace lo que quiere sin nadie lo contradecir, y lo que es mas grave y gravísimo de todo, que le han de agradecer lo que deja y no quejarnos de lo que lleva. Pena y mucha pena os dará agora la falta

del servicio, la soledad no acostumbrada, la crianza de los hijos, la guarda de las hijas, el gobierno de la casa y el tratamiento de vuestra persona; mas, pues se ha de pasar, hacedle buen rostro á lo sufrir; porque en esta enojosa vida, mas son las cosas que nos espantan, que no las que nos dañan. Llorar mucho, sospirar continuo, cargaros de luto, estar en las tinieblas, aborrecer la conversacion y amar la soledad, cosas son estas en un hombre grave como vos, mas para las reprehender, que no para las aprobar ; porque así como la mucha alegría enajena al corazon, así la sobrada tristeza acarrea desesperacion. Ni porque sea muerta D.ª Aldonza vuestra muier, os debeis de descuidar de mirar por vuestra casa, procurar por vuestra salud, mejorar vuestra hacienda. conservar vuestra honra y gobernar vuestra familia ; porque las grandes ansias y tristezas del corazon no se curan con nuevos daños, sino con largos tiempos. El mayor trabajo que tenemos en esta mísera vida es, que las tristezas y congojas entran en el corazon de súbito, y despues no quieren salir dél sino poco á poco. La pena y tristeza que tiene el corazon atribulado, no le han de importunar que la deje, sino rogarle que la temple; porque en los principios de su pérdida, mas descansa el corazon en contar su daño, que no en hablar de su remedio. Cuando el amigo viere el corazon de su amigo triste y lastimado, debe por entónces ayudarle á llorar y despues entender en le remediar; porque los socrocios del corazon atribulado no son sino el tiempo y el olvido. Ni porque estéis, señor, viudo y apasionado, no debeis de descuidaros de la crianza de vuestros hijos; porque no es pequeña locura llorar á los muertos que no se pueden cobrar, y no remediar á los vivos que se pueden perder. Al hombre muerto no soy obligado á le resuscitar; mas al amigo vivo téngole de ayudar y aun remediar. Por vida vuestra, señor, no seais como vuestro vecino y miamigo Rodrigo Sarmiento, el cual en enviudando puso capirote sobre la cabeza, traia loba arrastrando, no comia en manteles, no se servia con plata, no se asentaba en silla, no abria ventana, no se lavó dos meses el rostre, y durmió medio año vestido. Acá me han dicho muchas extremidades que habeis hecho y no pocas que agora haceis, acerca de las cuales, ni á Rodrigo Sarmiento quiero condenar, ni tampoco á vos, señor, salvar; sino que para mí tengo creido que todo hombre extremado tiene una punta de loco. Uno de los grandes bienes que un hombre en esta vida puede tener, es, que ni la adversa fortuna le mude ni la gran prosperidad le levante, sino que sea como es el árbol bien arraigado, el cual aunque de todos los vientos es combatido, de ninguno es derribado. Dado caso que la adversa fortuna haga alguna mudanza en la hacienda, no sufre que la haga en la persona, y mucho ménos en la cordura; porque el hombre vergonzoso y el corazon generoso, mucho mas pierde en perder lo que merecia, que no en perder cuanto tenia. No tengo yo por pérdida la del que perdiendo la hacienda recobró su bondad y cordura; porque no ha de pensar que halló poco el hombre que halló á sí mismo. Cosa es de maravillar, y no ménos de escandalizar, de que si un hombre pierde una cosa, por pequeña que sea, vemos la diligencia que pone en buscarla, y no ménos á pregonarla, y si por caso pierde la vergüenza, la paciencia, la continencia y aun la conciencia, ni muestrapena por la perder, ni aun se le da nada por la buscar.

¡Oh inadvertencia de la naturaleza humana, en la cual se nos da poco por errar y muy ménos por acertar; y lo que es peor de todo, que, despues de haber errado el camino v estar caidos en el ventisquero, no solo no queremos buscarnos, mas aun ni sabemos que estamos perdidos. Todas las cosas que en este mundo tenemes, por muy pequeñas que sean, no solo las guardamos, mas aun buscamos quien nos las ayude á guardar, excepto á nosotros mismos; porque no basta que no nos queremos guardar, mas aun buscamos compañías que nos ayuden á perder. No quiero en esta materia mas os escrebir ni con mi letra importunar, sino rogaros y importunaros cumplais luego lo que vuestra mujer mandó en el testamento, y lo hagais con ella como buen marido; porque si amor verdadero le teníades, no solo lo habeis de mostrar en traer muchos lutos, sino en entender en sus descargos. Con tal que pagueis sus deudas, descargueis con sus criadas, hagan por ella limosnas y le digan algunas misas, en todo lo demas muy poco se le dará á ella que comais en mesa, os asenteis en silla, ni que os vayais á caza. Tambien os quiero avisar, y aun rogar, no dejeis de confesaros, comulgaros, visitar hospitales, oir misas y iros á los sermones; porque mas os habeis de preciar ser buen cristiano, que no remirado viudo. No mas, sino que nuestro Señor sea en vuestra guarda, y me dé gracia que le sirva. De Logroño á 11 de agosto, año de 1523.

## EPISTOLA LVIII.

Letra para D. Pedro Giron, cuando estaba desterrado en Oran. Es letra muy notable para todos los hombres que están desterrados y atribulados.

llustre Señor y desterrado caballero: No en las novelas de Juan Boccacio, ni en las tragicomedias de Calisto, sino en las altas visiones del gran profeta Daniel, se dice v escribe de cómo dos ángeles debatieron y se contradijeron delante de Dios; en que el uno defendia ser bueno no libertar á los hebreos porque se convirtiesen á los persas; y el otro porfiaba que los libertasen, porque sacrificasen y reedificasen el templo de Jerusalen; de lo cual se puede colegir que á lo que entre los maios llamamos porfia, entre los buenos es celo. Digo esto, Sr. D. Pedro, porque Archidona vuestro camarero me dió dos cartas juntas, una de vuestro padre el Conde, y otra de Vm., y entre dos extremos no sé cuál era el mayor, es á saber, la sobrada tristeza del padre, ó el ánimo generoso del hijo; porque el Conde siente vuestro destierro como padre piadoso, y vos, señor, lo tomais como caballero magnánimo. Si al Conde vuestro padre le pluguiera de veros desterrado, y á vos, señor, pesara por veros desterrar, él negara el oficio de buen padre, y vos, señor, el de animoso caballero; mas pues padre y hijo cumplis lo que debeis, no desconfieis de lo que deseais. No estoy desacordado de cuando me fuistes á ver á Avila, en el camino que César os enviaba desterrado á la frontera de Oran, y alli me mandastes y sobornastes os escribiese, y si pudiese os visitase; el cual trabajo yo quisiera ántes tomar, que no pararme á escribir; porque mas me consolara yo con vuestra presencia, que no vos, señor, os consolaréis con mi carta. Por cumplir con el amor que os tengo y por satisfacer lo mucho que os debo, os escribiré algunas cosas en esta carta, las cuales no os harán daño que las leais, ni aun que las cumplais;

consolaré como á desterrado. Yo, señor, os tengo por sabio, por cuerdo, por esforzado; y pues así es, agora teneis á do lo emplear y dello os aprovechar, es á saber: de la cordura para os gobernar, del esfuerzo para pelear y de la sabiduría para os consolar; porque sin estas tres cosas, en Osuna estariades desterrado, y con ellas, en Oran teneis paraiso. La palabra del amigo mucho consuela al corazon del amigo, mayormente cuando es mas lo que siente, que no lo que dice ; porque al fin, al fin, las ansias que están asentadas en el corazon, no se alivian sino con ansias de otro corazon. A Diomedes el griego muriósele un hijo que tenia solo y que era su único y real heredero, y como concurriesen de diversas partes diversas personas à le visitar y consolar, hallose alli presente una mujér pobre que le venía á pedir justicia; la cual, como callase y llorase, y los otros hablasen y no llorasen, dijoles Diomedes: Las palabras que vosotros, amigos, me habeis dicho, hanlas oido mis orejas, mas no han llegado á mi corazon; solas las palabras desta pobre mujer me han mucho consolado, por ver que de corazon mi nena ha llorado. Si esto es verdad, como es verdad, justa cosa es, Sr. D. Pedro, que de voluntad me ovais y de corazon me creais, porque en verdad y de verdad vos juro, señor, y á ley de cristiano y á ley de amigo, que como siempre os tuve en mi corazon y os amé de corazon, así siento vuestros trabajos de corazon. Acordándome del deudo que nos hemos, de la amistad que nos tenemos, de los secretos que de mí habeis fiado, y aun de las mercedes que me habeis hecho, si como tengo la voluntad, tuviera la libertad, vos viérades y conociérades que, aunque no fui vuestro compañero en la desgracia que hicistes, lo fuera yo agora en el destierro que padeceis. Ojalá pluguiese á Dios que, como es en vuestra mano el repartir la hacienda, fuese tambien en el repartir la pena y tristeza; porque vos, señor, viérades entónces cómo entre todos vuestros amigos yo podria ser mejorado en tercio y quinto, no en los dineros que teneis, sino en los trabajos que sufris. No niego que no me hayais hecho obras de señor, ni aun tampoco me negaréis que no os las haya hecho de amigo, pues en Valladolid os avisé, en Villabrájima os desengañé, en Peñafiel os visité, en Vitoria os ayudé, y agora os escribo, y á do quiera que me hallo por vos torno. No quiero mas hablar por rodeo, sino venir á lo que hace al caso; porque los muchos ofrecimientos han de ser para los extraños, y las buenas obras para los verdaderos amigos. Bien sé que os dará mucha pena en ese vuestro destierro el pensamiento que tendréis de lo que de vos pensarán en la corte y dirán acá por el reino, es á saber, vuestros enemigos para se gloriar, y vuestros amigos para les pesar; y desto no me maravillo; porque todas las veces siente el hombre mas el placer que sus émulos toman, que no el trabajo que él padece. Plutarco, en sus Apotegmas, dice de Ariston, capitan que fué muy famoso de los esparciatas, al cual, como se quejase uno de Aténas, que hablaban muy mal los de su ejército contra los atenienses, respondióles él: Si los atenienses mirasen primero lo que hacen, no tomarian pena de lo que los esparciatas dellos dicen. Digna es esta palabra de notar, y aun de á la memoria encomendar; porque, segun decia el Santo Job: Factus sum mihi metipsi gravis. Los grandes, y graves y verdaderos trabajos que

porque os diré en ellas las verdades como amigo, y os

padecemos, nosotros mismos nos los buscamos. Digo esto, Sr. D. Pedro, porque si tomáredes mi parecer en Valladolid, y aun el del buen Condestable vuestro tio en la Coruña, vos ahorrárades del destierro que padeceis v de la afrenta que sentis. La empresa que vos, señor, tomastes, no la habiades de fundar sobre tan pequeña ocasion, ni sobre tan gran pasion, ni aun en aquella sazon; porque muchas veces pide la razon que se haga alguna cosa, lo cual no consiente el tiempo por entónces que se haga. Muchos negocios se pierden en esta vida, no porque no son justos, sino porque no los negocian en sus lugares y tiempo; porque tan sazonado ha de estar el negocio para se despachar, como la huerta para se sembrar. Si accion y derecho pretendiades tener al ducado de Medina-Sidonia, mucho mas seguro, y aun mas honesto os fuera pedir en Consejo justicia, que no encomendaros al obispo de Zamora, que, como, señor, os dije en Villabrájima, los tiranos ponen su derecho en las armas, y los justos no, sino en las leyes. A la hora que os vi acompañado con el obispo de Zamora, imaginé que toda vuestra negociacion iba perdida; porque el pobre señor y Obispo, por poder vengarse del conde de Alba de Liste, alborotó el reino, desacató á César, engaños á vos, y echése á perder á sí. He querido, señor, traeros á la memoria todas estas cosas, no para consolaros, sino para reprehenderos, y aun para que si estuviéredes triste, no sea por lo que padeceis agora, sino por el yerro que hicistes entónces; porque mas quiero veros por mano de César desterrado en Africa, que veros en su desgracia duque de Medina. El caballero que presumiere de cuerdo y sabio, debe trabajar de ser á su rey acepto y con buenos servicios sustentar su Estado; y fuera destas dos cosas, si por caso viere que en el reino ó en la corte se levantan bandos, envidias, pasiones, competencias y disensiones, yo le doy licencia que pueda en ellas hablar y aun á hurtas murmurar, mas no en ellas se entremeter ; porque negocios de república muy poco se vadean y mucho ménos se marean. Dejada aparte la fe, debe el buen caballero, á tuerto ó á siniestro, cerca ó léjos, contra amigos ó enemigos, en el reino ó fuera del reino, á toda ley servir y seguir á su rey; porque ménos mal es al caballero perder la vida y el estado que tiene, que no poner mácula en la fidelidad que á su señor debe. No inconsideramente dije que los negocios de la república ni se vadean ni se marean, pues no vemos otra cosa cada dia sino á muchas repúblicas alteradas y á muy pocas reformadas; porque naturalmente la gente comun es muy fácil de levantar y muy difícil de apaciguar. Mucho trabajo tuvo Catilina de reformar á Roma, Sócrates á Aténas, Esquines á Ródas, Licurgo á los esparciatas, Ptolomeo á Pentápolis, Prometeo á Egipto, Teoponto á los argivos y Platon á los sículos; mas al fin de sus empresas, todos estos ilustres varones escaparon muertos ó desterrados, y sus pueblos quedaron como de ántes perdidos. Y porque no es razon de renovar viejas llagas ni de mas hablar en cosas pasadas, vengamos á hablar en vuestro destierro y en los remedios del hombre desterrado, en la cual materia, si no os agradare lo que dijere, tomad, señor, en cuenta lo que os querria decir; porque, así Dios me salve, querria yo mas remediaros, que consolaros.

Digo | Notables palabras para el hombre desterrado.

En ese vuestro destierro de Oran daros han mucha pena el acordaros que os is de España, y veros desterrado en Africa; que, como decia Sertorio el romano, esnos tan natural el amor de la patria y somos tan amigos de nuestra naturaleza, que si se acaba con la cordura de un hombre que la deje, no se acabará con su corazon que la olvide. Cuando el buen rey D. Alonso estaba en Nápoles rodeado de muchos príncipes, y le loaban la generosidad de Roma, la grandeza de Venecia, la riqueza de Florencia y la opulencia de Milan, respondia él: Loo y apruebo ser eso todo bueno; mas yo para mi mas querria hallarme en Carrioncillo : Carrioncillo es una aldehuela pajiza, una legua de Medina del Campo, á do el buen rey, siendo niño se crió, y siendo mozo residió. En hablando uno de su naturaleza, luego dice que su tierra es la mas fértil, la gente mejor acondicionada, el sol mas claro, el aire mas limpio, las aguas mas sanas, las carnes mas sabrosas, el pan mas sustancioso, los vinos mas odoríferos y los hombres ménos maliciosos. Gosa por cierto es de ver cuán de corazon cada uno dice, encarama, blasona y aun porfía las cosas de su tierra á do quiera que se halla; y lo que mas es de todo, que hay personas tan apasionadas en esto, que ántes consentirian que les digan alguna injuria, que no oir decir mal de su naturaleza. Toda esta flaqueza viene de no querer pensar los hombres que son tierra, nacieron de tierra, andan en la tierra y se han de tornar tierra, y que no tienen ninguna tierra; porque solo aquello es del hombre propio, que lo puede llevar consigo al sepulcro. Entre los altos documentos de Sócrates, uno dellos era, que ningun discípulo suyo osase decir: esta-es mi tierra, aquella es mi patria; porque, segun él decia, por evitar de decir, esto es mio, y esto es tuyo, no quiso naturaleza darnos pluma con que nos cubriésemos ni casas á do morásemos; sino que despues acá, los hombres ambiciosos y codiciosos, la tierra, que es comun á todos, partieron entre sí mismos. Del verdadero Hércules el tebano cuenta Plutarco, en el libro De exilio, que, preguntado por los sidonios que de dónde era natural, les respondió: Ni soy de la gran Tébas, ni de la nombrada Aténas, ni aun soy de Licaonia, sino natural de toda Grecia. Mucho, y aun muy mucho estimaron los griegos quererse Hércules flamar natural de toda la Grecia; mas en mucho mas se tuvo despues lo que le respondió Sócrates al gran sacerdote Architas, el cual, como le preguntase que de dónde era, le respondió Sócrates: Ni soy de Tébas como Tesifonte, ni soy de Aténas como Agesilao, ni soy de Licaonia como Platon, ni soy de Lacedemonia como Licurgo; sino que soy nacido en el mundo y natural de todo el mundo. Plutarco cuenta y dice que en la isla de Cobodo, que es en la Grecia, hubo antiguamente un linaje de hombres griegos, que se llamaban los Agitas, los cuales se preciaban decender del muy famoso capitan griego que se llamó Agis el bueno, á diferencia de otro Agis que fué muy gran tirano. Estos insulanos agitas eran en toda la Grecia tenidos por hombres muy cuerdos y no poco esforzados, y ordenaron entre sí mismos que ninguno se osase llamar natural de aquella isla, si no hubiese primero hecho alguna notable hazaña; porque, segun decian ellos, la tierra es la que se ha de preciar de tener tales hijos, que no los hijos de ser mas de una que de otra tierra. Conforme á esta ley de los insulanos agi-

tas, diria vo, si esase, Sr. D. Pedro, que mucha mas razon hav para que vos os precieis de capitan africano, que no de caballero español; pues la honra que en España Perdistes, en Africa la cobrastes. Y porque no parezca que hablamos de gracia, y que nuestra pluma escribe lo que se le antoja, cotejemos lo que acá en España hacíades, con lo que agora allá en Oran haceis, y veréis y conoceréis en vos muy claro, en cómo si alguna pena teneis en vuestro corazon, mas es por la opinion que teneis, que no por la vida que pasais. Acá, señor, en España érades muy bien afamado y nombrado de montero famoso, de volar una garza, matar un puerco, jugar á la primera, servir á una dama, escrebir requiebros, hacer banquetes, frecuentar palacios, regocijar la corte, acostaros á la una y levantaros á las once. Todas estas cosas, aunque son ejercicios de mancebos cortesanos, no lo son por cierto para caballeros animosos; porque los mayorazgos y grandes estados de España no los ganaron nuestros antepasados dándose á recrear en la caza, sino sirviendo á sus príncipes en la guerra. El ejercicio que nos dicen que teneis ahí en Oran, es levantaros de mañana, almorzar en pié, tener siempre ensillado, descansar sobre la lanza, hacer de ante noche mochila, tocar muchas veces al arma, rondar la muralla, salir á las escaramuzas, hablar siempre de guerra, pelear con los moros, animar los soldados, traer la lanza ensangrentada ó la cabeza descalabrada. Ved pues, Sr. D. Pedro Giron, cuál destas dos cosas está muy mas honrosa para vuestra fama ó mas provechosa para vuestro estado, es á saber, preciaros de caballero esforzado ó de cortesano enamorado. Estando acá en España no podiades contar sino de hechos ajenos, mas agora, que estáis en Africa, todos tienen por acá qué decir de las hazañas que haceis y de los peligros en que andais; que, como decia el cónsul Mario, los escritores han de decir, en tal tiempo se hizo esto : mas el buen caballero no ha de decir, sino en tal guerra me hallé en esto. Destierro que tan felicemente os ha sucedido, á lágrimas y dineros le habiades de haber comprado, pues os ha sido ocasion á que no solo enmendásedes el avieso, mas diésedes en el hito de punta en blanco. Decidme, Sr. D. Pedro, cuando fuéredes ya viejo, y que plegue á Dios llegueis allá, ¿ de qué os alabaréis mas adelante vuestros hijos y otros caballeros, de haberos hallado en una boda de Osuna, ó de haber peleado con los moros de Africa? Mucho me cae á mí en gracia, aunque ello es una muy gran desgracia, es á saber, cuán de reposo y entonado se pone un caballero á contar á do voló una garza, á do mató un puerco, á do hirió un venado, á do hizo un banquete, á do sirvió una dama y aun á do danzó una baja; las cuales cosas todas súfrese que un caballero las haga, mas no se sufre que dellas se precie. El cónsul Anio Silvano, que fué de la parcialidad de los silanos y grande enemigo de los marianos, como en el Senado motejase al cónsul Mario de que era muy ambicioso de honra para ser tan bajo en el linaje, respondióle Mario: Yo confieso, Silvano, que deciendes de mejor linaje que no yo, mas no podrás negar que no soy yo mejor hombre que no tú; porque tú en tu casa no tienes pintadas mas de las armas que heredaste de tus pasados, mas yo tengo colgadas las banderas que gané de los enemigos. Esto digo, Sr. D. Pedro, para que os tengais por dichoso, os precieis dese destierro; pues estándoos acá

en España no fuérades mas de Silvano, y en haber pa-

sado en Africa os habeis tornado Mario; porque fuistes con armas pintadas, volveréis con banderas ganadas. No es justo os quejeis del destierro de Africa, pues por él os hará mi pluma de inmortal memoria; que, como, señor, sabeis, yo soy coronista de César, y amigo vuestro; y sed cierto que, si escribiere las desgracias por que fuistes desterrado, tambien os engrandeceré las grandezas que hicistes en el destierro.

De muchos varones ilustres que les fué bien en el destierro.

Muchos antiguos varones que quisieron ganar renombre de altos príncipes, aunque no fuéron desterrados por manos de otros, se desterraron ellos mismos ásí mismos: porque, segun decia Alcibiades el famoso griego, de los hombres que siempre se están en sus naturalezas, á pocos hemos visto famosos, y aun muchos viciosos. La experiencia nos enseña que los vinos alejados y los árboles traspuestos son muy mejores, que no los otros : quiero por lo dicho decir que los hombres generosos y vergonzosos siempre son mejores en tierras extrañas, que no en las suvas propias; porque mas quieren morirallí pobres. que volver á sus tierras afrontados. En la propia naturaleza muy pocas veces alcanzan los hombres gran fama; y de aquí es, que los principes muy afamados, en tierras extrañas se afamaron. ¿Por ventura no nació en la isla Meotida el rey Datirso, al cual despues llamaron Datirso el escita, porque en Asia venció á los escitas? Por ventura no nació en la isla de Mileto el famoso capitan Geloncio, al cual despues llamaron Geloncio el Sículo. porque venció á los sículos? Por ventura no nació en una aldea de Aténas el rey Pirro, al cual llamaron Pirro el Epiroto, porque venció á los epirotas? Por ventura no nació en una aldea de Campania el gran Escipion, al cnal llamaron Escipion Africano, porque venció á los africanos? Por ventura no nació el emperador Severo una legua de Numidia, alcual despues llamaron Severo el Pártico, porque triunfó de los partos? Por ventura no nació el buen Octavio Augusto en la aldea de Belitre, y despues le llamaron Octavio el Germánico, porque venció á los germanos? Por ventura no nació el justo Trajano en la ciudad de Gádes, que agora es Cádiz; el cual despues se llamó Trajano el Daco, porque venció á los de Dacia? Por ventura no nació el buen Tito en una pobre aldea de Campania, al cual despues llamaron Tito el Palestino, porque venció á los palestinos? Como hemos dicho de estos pocos, pudiéramos decir de otros muchos, los cuales con un ánimo heróico v con un corazon denodado, en tierra extraña alcanzaron para sí inmortal memoria. ¡Oh cuántos y cuántos fuéron en los siglos pasados, los cuales en sus propias tierras eran bajos en condicion, obscuros en linaje, ignotos en la fama y pobres de riqueza, y despues que fuéron desterrados de sus tierras propias, esclarecieron su linaje, honraron su patria, afamaron sus personas y aun alcanzaron grandes riquezas! El famoso Temístocles y el gran capitan Falareo, con grande ignominia de sus personas y gran pérdida de sus haciendas fuéron desterrados de Aténas, y aun echados de toda la Grecia; á los cuales sucedió tan bien aquel destierro, que no solo merecieron ser los mas privados del rey Ptolomeo en Alejandría, mas aun despues tornar muy honrados y ricos á su tierra propia. Plutarco, cuenta en el libro De exilio, deste Temístocles, que solia decir á su mujer y hijos cuando estaban desterrados : Perieramus

omnino, nisi periissemus; las cuales palabras quieren decir : Si no nos perdiéramos, nos hubiéramos del todo perdido. Altas y muy altas palabras son estas que diio aquel griego; las cuales, aunque las dijouno, se pueden aplicar á muchos, pues no vemos otra cosa cada dia, sino que se há con los desterrados la fortuna, como se há con los arcaduces la noria; á los cuales, si los abaia y derrueca, no es su fin de los empozar y quebrantar, sino de los henchir y sublimar. Josef, hijo de Jacob, el desastre de ser vendido de sus hermanos le fué ocasion á que viniese á ser señor de toda Egipto y á remediar el pueble hebreo. Quiero por lo dicho decir que de haber acontecido á alguno algun notable infortunio, le fué despues ocasion de ser bien afortunado; porque, así como muchos pensando que van bien verran, así otros pensando que van errados atajan. El muy famoso capitan Camilo, por un desastre que le aconteció en Roma, fué desterrado de Roma á Campania; y como en breve se levantase una peligrosa guerra, á causa que los galos fuéron á cercar á Roma, sucedióle á Camilo tan bien aquel destierro, que en breves dias tornó á la ciudad, no como malhechor, sino como buen triunfador. El justo ilustrisimo emperador Trajano, desterrado estaba de toda Italia en la ciudad de Agripina, cuando el emperador Nerva, su tio, le crió en Augusta, le envió la insignia del imperio y le adoptó por su hijo. Burlando Trajano con sus familiares amigos en este caso, les decia: El destierro á que me envió desterrado Domiciano, fué alcahuete de mi imperio. He querido, Sr. D. Pedro, traeros tantos ejemplos y contaros tantas historias, así de los que se desterraron por alcanzar fama, como de los que desterraron por alguna culpa, para que con ellos os consoleis y os esforceis, y aun los imiteis; porque muy poco aprovechará seguirlos en el destierro que padecieron, si no les pareciésedes en el grande ánimo que tuvieron. Yo espero en nuestro Señor, y espero en vuestro buen ánimo, que por defender esa ciudad de los moros y por aumentar la de los cristianos, haréis tales y tan notables proezas ahí en Africa. que volvais tan ilustre á España como volvió Camilo á Roma. En esa guerra de Africa, á do se halla vuestra persona desterrada, aconséjoos, señor, quo os mostreis largo en el gastar, paciente en el sufrir, animoso en el pelear, sóbrio en el comer, comedido en el hablar y aun cristiano en el vivir; porque todos los que acá les pesó de lo que hecistes, se precien agora de lo que haceis. Como al filósofo Diógenes le dijesen unos amigos suyos, que los senopenses le desterraban de la isla de Epiro para la isla de Ponto, respondióles él: Decid á los senopenses que, si ellos me destierran á mí de Epiro para Ponto, que vo los destierro á ellos de Ponto para Epiro : mayormente. que al hombre animoso y virtuoso no pueden con verdad decir que le desterraron, sino que le mudaron. Sería pues yo de parecer que os aprovechásedes, señor, desta doctrina de Diógenes para con los que os tienen enemistad y no buena voluntad; y aun amenazándoles que, pues ellos os destierran de España en Africa, vos los desterrais á ellos de Africa en España: mayormente, que en torno de poco tiempo ellos os tendrán envidia á lo que haréis, y vos á ellos mancilla de lo que oiréis. Mucho os ruego, y aun os aconsejo, que en las palabras que dijéredes allá y en las cartas que escribiéredes acá, no mostreis estar del Rey quejoso ni tener en esta tierra ningun descontento; porque á vuestros émulos y enemigos mas les pla-

cerásaber que andais aborrido, que no veros desterrado.

De los privilegios que tienen los hombres desterrados.

Tienen los hombres que están desterrados algunos muy notables y preeminentes privilegios, los cuales es mucha razon, Sr. D. Pedro, que los sepais y aun que los guardeis; porque en tan generosa cofradía, justa cosa es jureis las ordenanzas della.

El primero privilegio de los tales es, que al hombre que está desterrado y fuera de su tierra, ninguno sea osado de le tener envidia, sino todos mancilla; porque la verdadera v natural envidia es al hombre que tiene la vida holgada v la hacienda sobrada.

Es privilegio del hombre desterrado, que en todo el tiempo que dura su destierro nadie se descomida á pedirle ningun dinero prestado; porque cosa es muy notoria á todos, que al hombre que está desterrado de su patria le sobren los suspiros y le falten sus dineros.

Es privilegio del hombre desterrado, que sin ninguna conciencia ni aun vergüenza puede pedir, importunar, rogar y aun cohechar á los con quien trate, todo lo que ha menester: porque, so color que están de sus casas muy léjos y que fuéron sus bienes confiscados, puédenles decir y jurar que, si no los quieren socorrer, se han de dar

Es privilegio del hombre desterrado, que pueda escrebir desde donde estuviere á todas las partes que quisiere, muchas nuevas v aun muchas novelas, como á él se le antojare ó mejor á él le estuviere. Y la causa desto es. come para probarle una mentira han de ir muy léjos á hacer la probanza, puede el tal mentir y á aun á todos desmentir, estándose él á pié quedo y quedándole el

Es privilegio del hombre desterrado, que sin nadie le pedir cuenta, ni ménos le acusar la rebeldía, pueda escribir á su tierra, que está malo, aunque esté bueno; que no se halla, aunque esté contento; que sospira por su casa, aunque no se acuerde della; que está muy pobre, aunque le sobren dineros; lo cual por ventura él hará, porque mas aina sea del Rey perdonado y de sus amigos socorrido.

Es privilegio del hombre desterrado, que no sea obligado á hacer convites ni banquetes, ni aun andar costosamente vestido; y para mayor defensa suya puede decir y afirmar, y aun blasonar, que allá en sus tierras tenian las mesas muy espléndidas y las arcas llenas de

Es privilegio del hombre desterrado, que no sea obligado á responder á plazo que dió ni pagar deuda á que se obligó; y para esto puede decir y se excusar, que las obras buenas que hacen los amigos por sus amigos cuando los ven desterrados, que cumplen por entónces con agradecerlas, y despues que tornaren á sus casas pagárselas.

Es privilegio del hombre desterrado, que con su conciencia y aun con su vergüenza acabe de andarse solo y tener poco mas de un criado; y así Dios á mí me salve, Sr. D. Pedro, que con este previlegio querrian hoy ser muchos previlegiados; porque si no tuviesen criados de la despensa, ahorrarian muchos dineros y del corazon quitarian muchos cuidados.

Es privilegio del hombre desterrado, que, pues está desterrado en tierras extrañas, no sea obligado á mantener su casa ni morar con su mujer; del cual privilegio osaria yo afirmar que desean gozar, tanto los hombres libres, como los que están desterrados; porque muchos hombres hay que, por no querer sufrir la condicion de la mujer y las muchas travesuras de los hijos, si no hacen por que los destierren, buscan ocasion que se

Es previlegio del hombre desterrado, que no sea obligado á pagar portazgo, ni montazgo, ni martiniega, ni alcabala, ni moneda forera, ni aun pecho ni empréstido; porque á la hora que diga á los cogedores y alcabaleros, que es forastero y desterrado, no le empadrona-

rán para que pague tributo.

Es previlegio del hombre desterrado, que no sea obligado á seguir ni acompañar á los hombres parciales, bandoleros, enemistados y amotinados; del cual previlegio querrian muchos gozar y dél se preciar; porque hay muchos que responden por muchos, siguen á muchos, gastan por mucho, y aun se pierden por muchos, no porque su voluntad se lo lleva, sino porque su bando á ello le obliga.

Es previlegio del hombre desterrado, que no sea obligado en todo el tiempo de su destierro, de festejar, convidar, banquetear, regocijar ni hospedar á nadie en su posada ni fuera della; y á fe de hidalgo, que este previlegio no es ménos deseado y provechoso que el otro; porque muchas veces hospeda hombre en su casa, ó asienta á su mesa algun vecino ó pariente suyo, no por el amor que tiene á su persona, sino por el miedo que tiene á su lengua.

Teneis pues, Sr. D. Pedro, doce previlegios y doce libertades de que podeis gozar los que estáis desterrados allá en Africa, y de que carecemos los que estamos acá en España; aunque para mí tengo yo de vos creido que querríades mas una licencia del Rey para tornaros á Archidona, que cuantos privilegios teneis en Africa. Ni quiero que dejeis de tener pena por estar desterrado. ni quiero que perdais la esperanza de que se os alzará el destierro : por manera que debeis esperar en nuestro Señor que os consolará, y en el buen César que os perdonará.

En este monasterio de Fres del Val he predicado toda esta Semana Santa, y la Pascua al nuestro César, en el cual tiempo el Condestable y yo le hemos hablado en vuestro negocio; por lo cual debeis estar muy cierto que el Condestable os hace obras de buen tio, y yo de buen amigo. Ahí, señor, os envio unas aprobadas reliquias que traigais y un notable libro en que léais; y para mí bien tengo creido que quisiérades vos mas una libra de oro que jugar, que no al mi buen Marco Aurelio en que leer. No mas, sino que nuestro Señor sea en su guarda y le torne con salud á su tierra. De España á 16 de abril 1524.

## EPISTOLA LIX.

Letra para D. Enrique Enriquez, en la cual el autor cuenta la historia de tres enamoradas antiquísimas ; y es letra muy sabrosa de leer, en especial para los enamorados.

Muy magnifico y engañado Señor : A la hora que quise responder á vuestra carta, tuve en la mano suspensa la pluma mas de media hora, debatiendo con mi gravedad v vuestra amistad si os responderia ó disimu-

lo hiciese, y vuestro descomedimiento constreñíame á que os lo negase. Yo, señor, lei vuestra carta, y vi las tres imágenes que me enviastes con ella; y fué tanto el enojo que recebí y la afrenta que sentí, que si como sois grande amigo mio, fuérades mi muy propincuo deudo, el deudo os negara y jamas letra os escribiera. En los rostros vergonzosos y en los corazones generosos, sin comparacion vale mas una onza de amistad, que no una arroba de consanguinidad; lo cual parece claro, en que la enemistad que nace entre parientes dura mucho, mas la que se levanta entre los verdaderos amigos acábase luego. Pisistrato, rev v tirano que fué de los atenienses, como un sobrino suyo, que habia nombre Trasilo, fuese en cierta conjuracion contra el tio, escribióle una carta, en que decia estas palabras:

«Acordarte debrias, sobrino mio Trasilo, no que te crié en mi casa, no que eres mi sangre, no que te admití á mi conversacion, no que te fié mis secretos, no que te casé con mi hija, no que te dí la mitad de mi hacienda; sino de que te amé como amigo y te traté como á hijo. Hasme salido aleve, hasme hecho traicion, sin vo de tí tal pensar, ni ménos vo te lo merecer: á cuva causa quisiera poder acabar conmigo que, como te niego el deudo, te pudiera negar la amistad; mas no lo puedo hacer, ni con mi fidelidad acabar; porque la sangre que contigo tengo, puédola sacar, pues está en las venas. mas no el amor con que te amo, porque está en el corazon.» He querido traeros este ejemplo á la memoria, para que pues vos, señor, habeis sido Trasilo en me enojar, seré yo otro Pisistrato en os perdonar, haciendo, como hago, muy gran caudal, no tanto del deudo que me teneis, como de la amistad que os tengo. Viniendo pues al propósito y contando como aconteció el caso, digo que yo, señor, recebí una letra vuestra aquí en Granada, habrá diez v ocho dias, y con ella recebí unas muyricas tablas, en las cuales estaban unas imágenes asaz bien pintadas y no ménos bien tratadas. Querríades ahora vos saber de mí, qué es lo que me parece de la pintura y qué misterios tiene su historia, jurando y perjurando que os costaron mucho y las teneis en mucho. A esto, señor, os respondo y digo que, si vos teneis aquellas imágenes en mucho, yo, señor, las tengo en muy poco; y mas y allende desto, digo que, si comprastes lo que no sabiades, os acuso por no cuerdo, y si supiésedes lo que comprábades, os condeno por mundano. Dije que os condenaba por mundano y no por liviano, no porque no lo merecia vuestra culpa, sino porque no cabia en mi crianza. La poca edad, la poca ciencia y la poca experiencia que teneis del mundo, os excusa del yerro que habeis hecho v del descomedimiento que conmigo habeis tenido; que hablando la verdad, yo estoy corrido y aun afrontado que tales imágenes me enviásedes y sobre tales liviandades me consultásedes. En mi hábito, por ser de religioso; en mi sangre, por ser de caballero; en mi profesion, por ser de teólogo; en mi oficio, por ser de predicador, ni en mi dignidad, por ser de obispo, no se sufre semejantes vanidades preguntar, ni ménos platicar; porque el hombre de bien no solo ha de mostrar su gravedad en las obras que hace, mas aun en las palabras que dice y en las pláticas que oye. El buen filósofo Diógenes vió en la plaza hablar muy despacio á un discípulo suyo con un mancebo que era tenido por liviano y aun por tralaria ; porque el amor que os tengo convidábame á que 🌹 vieso , al cual , como le preguntase en qué hablaban ó

qué concertaban, respondióle él: Deciame que esta noche pasada habia hecho una muy gran travesura, y que habia muy gran miedo no fuese descubierto. Oido todo esto. Diógenes mandó llamar otro mancebo, y díjoles á ambos á dos: Yo mando, que en el anfiteatro del foro, igualmente os dén á cada uno cuarenta azotes, á él por lo que hizo, átí por lo que le escuchaste; porque tanto merece el filósofo por no tener atapadas las orejas, como el secular en no tener las manos quedas. Yo, señor D. Enrique, ni sé qué me haga, ni sé con quién cumpla; que por una parte querria hacer lo que me rogais, pues sois mi amigo, y por otra parte estoy temeroso de Diógenes el filósofo; porque si él sabe lo que vos me consultais, y atina á lo que vo os respondo, no es ménos sino que desta hecha vos ó yo quedemos desterrados y no ménos azotados.

Aunque sea en detrimento de mi gravedad y en ofensa de mi honestidad, determínome de responder á vuestra carta y declararos el misterio de vuestra duda; con que prometo y protesto que no lo hago por serviros, sino para confundiros; porque veais y conozcais que esa vuestra tabla de imágines, no es para poner en los altares de los santos, sino en las cámaras de los locos. Es pues el caso, que en las tres tablas que me enviastes, estaban tres imágines de tres mujeres á maravilla hermosas y por extremo bien pintadas, los rétulos de las cuales decian ansí: Sta. Lamia, Sta. Flora y Sta. Laida.

Querriades agora vos, Sr. D. Enrique, saber de míquiénes fuéron estas tres mujeres, de dónde fuéron, en qué tiempo fuéron, á dó murieron y qué martirio pasaron; porque, segun me escrebis, las teneis en vuestro oratorio colgadas y las rezais cada dia ciertas Ave Marías. Yo, señor, lo quiero hacer y ávuestro ruego condecender, aunque no sin mucha pena y gran vergüenza, no de vos, que lo habeis de leer, sino de aquellos á quien lo habeis de mostrar; porque todos dirán, y no sé si con razon, que vos, señor, sois agora vano, y que en algun tiempo yo fui mundano.

## Notable historia de tres enamoradas.

Esta Lamia, esta Flora, esta Laida que vos, señor, teneis por santas, fuéron las tres hermosas y mas famosas rameras que nacieron en Asia y se criaron en Europa, y aun de quienes mas príncipes se perdieron. Destas tres se dice y escribe que fuéron dotadas de todas las gracias, es á saber: hermosas de rostros, altas de cuerpos, anchas de frentes, gruesas de pechos, cortas de cinturas, largas de manos, diestras en el tañer, suaves en el cantar, polidas en el vestir, amorosas en el mirar, disimuladas en el amar y muy cautas en el pedir.

Destas tres se dice y escribe, por excelencia, que nunca á príncipe amaron, que las dejase, ni jamas cosa pidieron, que se les negase.

Destas tres se dice y escribe que nunca á hombre hicieron burla, ni jamas de hombre recibieron afrenta.

Destas tres se dice y escribe que la Lamia enamoraba con el mirar, y la Flora con el hablar, y la Laida con el cantar; y los que una vez de sus amores se prendaban, tarde ó nunca se libraban. Destas tres se dice y escribe que fuéron las enamoradas mas ricas del mundo miéntras vivieron, y que dejaron de sí mayores memorias cuando murieron; porque en los pueblos les pusieron estatuas y los escritores escribieron dellas grandes co-

sas. Y porque no parezca que hablamos de gracia, contarémos aguí destas tres enamoradas la historia, protestando primero que no dirémos mas de cada una de sola una palabra; porque, para deciros, señor, verdad. no es esta historia tan honesta y limpia, para que ose emplear en ella mucho tiempo mi pluma. La mas antigua destas tres enamoradas fué la que llamaron Lamia, la cual fué en el tiempo del rey Antígono, criado de Alejandro Magno; del cual Antígono escriben los que dél escribieron, que fué principe muy belicoso y poco venturoso. Este rey Antígono dejó un hijo heredero, el cual se llamó Demetrio, el cual fué ménos belicoso, aunque mas fortunado que no su padre; y fuera él muy esclarecido príncipe, si en su mocedad supiera cobrar amigos. y en la vejez no se diera tanto á los vicios. Este rey Demetrio tuvo por amiga esta enamorada Lamia, á la cual únicamente amó v largamente dió. Fué el rey Detremio, en amar y regalar á su Lamia, mas loco que enamorado: porque, olvidada su gravedad y autoridad, no solo le daba cuanto ella queria de su hacienda, mas aun no hacia vida con su mujer Euxonia. A esta Lamia preguntó una vez el rey Demetrio, que cuál es la cosa con que mas se convencian las mujeres. A lo cual ella le respondió: No hay cosa que mas aina haga una mujer caer, que ver á un hombre de corazon por ella penar; porque de querer amar los hombres de burla, vienen despues á quedarse burlados, Item le preguntó Demetrio : Dime, Lamia, ¿qué es la cosa por que mas aborreceis las mujeres á los hombres? A esto le respondió Lamia: La cosa con que mas una mujer aborrece á un hombre es, cuando se alaba de lo que no hace y no cumple lo que promete. Item le preguntó Demetrio : Dime, Lamia, ¿ qué es la cosa de que mas os contentais del hombre? A esto respondió Lamia: La cosa por que una mujer mas ama á un hombre, es cuando le ve que es discreto en lo que dice y secreto en lo que hace. Item le preguntó Demetrio : Dime, Lamia, ¿por qué son los hombres mal casados? A esto le respondió Lamia: Es imposible que sean bien casados, cuando en la mujer hay necesidad y en el marido necedad. Item le preguntó Demetrio: Dime, Lamia, ¿cuál es la causa por que mas aina se deshace el amor de entre dos enamorados? A esto le respondió Lamia: No hay cosa por que mas aina se desamen los que se aman, que por ser el enamorado derramado en el amar, y la enamorada muy importuna en el pedir. Item le preguntó Demetrio: Dime, Lamia, ¿ cuál es la cosa con que mas penan los hombres enamorados? A esto le respondió Lamia: La cosa que mas atormenta al corazon del hombre enamorado, es el no poder alcanzar lo que desea, y pensar que ha de perder lo que goza. Item le preguntó Demetrio: Dime, Lamia, ¿cuál es la cosa que mas al corazon de una mujer lastima? A esto le respondió Lamia: No hay-cosa con que mas una mujer se sienta y se entristezca, que con llamarla fea y desgraciada, y saber que la tienen por mala. Era esta mujer Lamia de muy delicado juicio, aunque en ella estuvo mal empleado; y así es, que á todos atraia con la lengua y enamoraba con la persona. Antes que ella viniese á poder, ó por mejor decir, á perder al rey Demetrio, anduvo mucho tiempo por las academias de Aténas, á do ganó muchos dineros y aun echó á perder á muchos mancebos. Plutarco cuenta, en la vida de Demetrio, que como los atenienses le presentasen docientos talentos de plata para ayuda á pagar su

gente de guerra, todos se los dió á su amiga Lamia, sin que entrase ninguno en su casa; de lo cual quedaron los atenienses, no solo enojados, mas aun afrontados, no tanto por habérselos dado, cuanto por haberlos él tan mal empleado.

Cuando el rey Demetrio queria alguna cosa encarecer, ó algun negocio arduo con juramento afirmar, nunca
juraba por sus dioses, ni juraba por sus antepasados, ni
aun por la vida ni salud de sus hijos; sino que siempre
juraba en esta manera: Así yo permanezca en la gracia
de mi Lamia, y así ella y yo acabemos juntos la vida,
como pasa esto y esto. Un año y dos meses ántes que muriese el rey Demetrio, murió su enamorada Lamia, y
sintió el enamorado rey tanto su muerte, que disputaban y aun dudaban los filósofos en Aténas, cuál de dos
cosas fuese mayor, es á saber: las lágrimas que por ella
lloró, ó las riquezas que en sus obsequias gastó.

Fué esta enamorada Lamia natural de Argos, nacida de bajos padres, y anduvo mucho tiempo por Asia la Mayor, asaz absoluta y disoluta, y al fin, como muriese en Fenicia y la mandase enterrar el rey Demetrio junto á su casa, debajo de una ventana de su cámara, y le preguntase un privado suyo, por qué lo habia hecho, le respondió: Amóme tanto y quisela tanto, que no sé con qué le pagar lo mucho que me queria y lo mucho que le debia, sino es con depositarla en tal lugar, á do tengan mis ojos cada dia qué llorar, y cada hora mi corazon qué penar. La segunda enamorada, de las tres que arriba contamos, se llamó Laida, y fué su naturaleza de la isla Bitrita, que es en los confines de Grecia, y segun della escriben sus coronistas, fué hija de un sumo sacerdote del templo de Apolo que estaba en Délfos, varon muy docto en el arte mágica, mediante la cual alcanzó la perdicion de su hija. Esta enamorada Laida nació y floreció en los tiempos del muy nombrado rey Pirro, príncipe y señor que fué muy deseoso de alcanzar honra, y

no muy dichoso en saber conservarla.

Siendo el rey Pirro mancebo de diez y seis años, vino en Italia por hacer guerra á los romanos, y deste dicen y

cuentan los escritores de su tiempo, que fué el primero príncipe que dió órden en ordenar los campos, repartir las batallas y hacer escuadrones; porque todos los de ántes dél, al tiempo de dar una batalla, juntamente arremetian y confusamente peleaban. Esta enamorada Laida anduvo mucho tiempo en el campo del rev Pirro, y con él vino á Italia, y con él tornó á Grecia; y desta se dice y escribe que á todos los que podia hacia placer, mas que con un solo hombre jamas se quiso amigar. Fué esta enamorada Laida tan amorosa en la conversacion y tan hermosa en la disposicion, que si quisiera ella sus amores recoger vá un solo señor se allegar, no hubiera príncipe en el mundo que por ella no se perdiera y cuanto quisiera no le diera. Despues que Laida volvió de las guerras de Italia á Grecia, retrájose á vivir en la ciudad de Corinto; y fué allí tan servida y tan recuestada, que no hubo hombre rico en Asia que á sus puertas no llamase. ni quedó rey ni príncipe que allá no entrase. Aulo Gelio

dice que el buen filosofo Demóstenes fué una vez disfrazado desde Grecia á Corinto por la ver y aun con ella se revolver; y como ella, ántes que le abriese la puerta, le enviase á pedir docientos sextercios de plata, respondió Demóstenes: No quieran los dioses que yo gaste mi hacienda ni aventure mi persona en cosa que apénas

Desta enamorada Laida se dice lo que nunca de mujer lei, ni aun en mujer tampoco vi, es á saber, que nunca mostró amor á hombre que la sirviese, ni nunca fué aborrecida de hombre que la conociese. Puédese desto colegir cuán bien fortunada fué esta enamorada Laida. pues nadie la aborrecia; y cuán mal acondicionada era, pues á nadie ella amaba. Si la enamorada Lamia fué sabia, no fué por cierto Laida necia; y si fué aquella aguda, esta fué reaguda; porque en el arte de amores excedió á todas las mujeres de su oficio en saber amar y en saber de los amores aprovechar. Como un mancebo corinto preguntase á Laida, que qué haria y qué diria á una mujer por la cual él andaba muy penado y aun casi desesperado, respondióle ella: Dile á esa mujer que amas, que pues no te quiere remediar, que te dé licencia para por ella penar; y si te diere la tal licencia, ten esperanza que alcanzarás su persona; porque somos de tal condicion las mujeres, que cuando con el enamorado soltamos alguna palabra dulce, ya le hemos dado primero el corazon. Como un dia en su casa hablasen, y en su presencia alabasen á los filósofos de Aténas de muy sabios y muy honestos, dijo Laida: Ni sé qué saben, ni sé qué entienden, ni sé qué aprenden, ni aun sé qué leen esos vuestros filósofos; pues yo con ser mujer y sin haber estado en Aténas, los veo venir aquí, y de filósofos los torno mis enamorados, y ellos á ningunos de mis enamorados veo que tornan filósofos. Preguntó un caballero tebano á Laida, que qué haria un hombre para alcanzar una mujer que mucho quisiese y bien le pareciese; al cual respondió ella: El hombre que quiere alcanzar una mujer, debe seguirla y servirla, sufrirla y algun tiempo olvidarla; porque una mujer de bien, despues que le han levantado el corazon, mas siente los descuidos que con ella usan, que agradece los servicios que le hacen. Preguntada por uno de Acaya, que qué haria con una mujer de la cual tenia sospecha, respondióle Laida: Dale á entender que es buena, y quitale las ocasiones con que puede ser mala; porque si sabe que lo sabes y disimulas, primero la verás muerta que enmendada. Otro mancebo de Palestina le preguntó otra vez, que qué haria con una mujer que servia, la cual, ni le agradecia el amor que le tenia, ni le daba gracias por los servicios que le hacia; respondióle Laida: Si la dejares de servir, no sienta de ti que cesas de la amar; porque naturalmente las mujeres somos tiernas en el amar y muy duras en el aborrecer. Preguntado por otra mujer vecina suya, que qué enseñaria á una hija suya para que fuese buena, respondióle Laida: El que quisiere que su hija sea buena, enséñela desde niña á que tenga temor de salir y vergüenza de hablar. Preguntado por una mujer, que tambien era su vecina v amiga, que qué haria á una sola hija que tenia, la cual se le encomenzaba á levantar v enamorar, respondióle Laida: El remedio para la moza alterada y liviana es, no la dejar estar ociosa ni le consentir que ande bien vestida. Murió esta enamorada Laida en la ciudad de Corinto, en edad de setenta y dos años, cuya muerte fué de muchas matronas

deseada y de muchos enamorados llorada. La tercera

mujer enamorada fué una que se llamó Flora, la cual no

fué tan antigua como lo fuéron Lamia y Laida, ni aun

la habré hecho, cuando della estaré arrepentido. Esto

pienso que dijo Demóstenes por lo que dice el Filósofo.

es á saher: Quod omne animal post coitum tristatur.